

Tsang Ñon Heruka

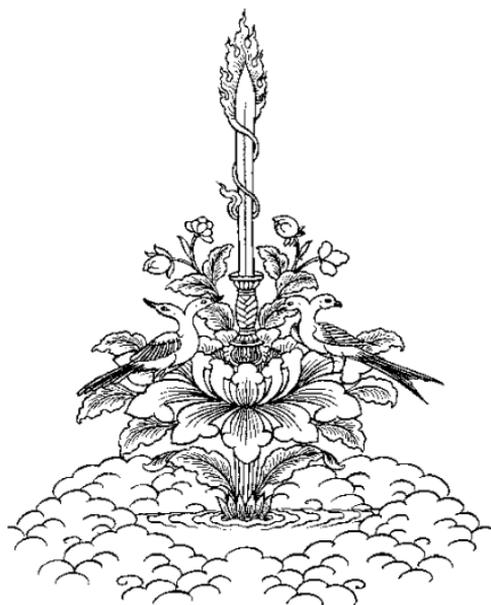
# La vida de Milarepa

El gran yogui del Tíbet

Traducción del

tibetano de

Francesc Navarro i Fàbrega



—Has hecho una torre que no es más gruesa que mi brazo. Apenas merece las enseñanzas que con tanto esfuerzo traje de la India. Si tienes el precio de mis enseñanzas, dámelo, si no, no te quedes ahí con los iniciados de las enseñanzas secretas.

Y después de decir esto, el maestro me dio una bofetada, me cogió del pelo y me echó de la sala. Me quería morir. Estuve llorando toda la noche y la mujer del maestro me vino a consolar. Me dijo:

—El maestro siempre ha dicho que trajo las enseñanzas de la India para el beneficio de todos los seres. Si un perro se las pidiera, Marpa le daría enseñanzas y dedicaría el mérito para el beneficio de todos. ¿Por qué te rechaza? No lo sé. En cualquier caso, no tengas malos pensamientos.

Después de animarme, la esposa del maestro se fue. Al día siguiente, el maestro me dijo:

—Gran Mago, no sigas con la torre. En la planta baja, construye un templo rodeado de un patio cubierto con doce columnas interiores. Entonces, te daré las enseñanzas secretas.

Hice los fundamentos y construí el patio. La mujer del maestro me traía muy buena comida y tanta cerveza que me emborraché un poco. Ella era muy amable y me reconfortaba.

Cuando estaba a punto de terminar, Tsurton Wang de Dol fue a pedir la iniciación de Guhyasamaja.

La esposa del maestro me dijo:

—Ahora, hijo mío, debes ser capaz de recibir la iniciación. Y me dio una terrina de mantequilla, una pieza de ropa y una pequeña olla de cobre para que las ofreciera al maestro.

Cuando el maestro vio los objetos que le llevaba exclamó:

—Estos objetos te los ha dado alguien. ¿Me ofreces mis propios bienes? Si tienes algo para darme que sea tuyo, ve a buscarlo. Si no, no te quiero ver aquí.

El maestro se levantó y, renegando, me echó de la sala a patadas. Quería que la tierra me tragara. ¿Todo aquello era un castigo por los asesinatos que había cometido con los maleficios y por la destrucción de las cosechas con los granizos? ¿El maestro sabía que nunca llegaría a ser capaz de practicar las enseñanzas? ¿O es por falta de compasión que no me quiere enseñar? Fuera lo que fuese, ¿qué utilidad tenía este cuerpo humano que, sin instrucciones espirituales, sólo acumulaba desgracias? ¿Tenía que suicidarme?

En aquel momento, la esposa del maestro me llevó una porción del pastel sacramental y me consoló mucho. Pero yo no tenía hambre y me pasé la noche llorando.

Al día siguiente, el maestro me dijo:

—Ahora acaba de construir el patio cubierto y la torre. Después de esto te daré las iniciaciones y las enseñanzas.

Entonces, terminé la torre y continué construyendo el patio cubierto. Con ese trabajo me salieron heridas en la espalda, de tres de ellas me salía pus y sangre. Se las enseñé a la esposa del maestro y le rogué que me ayudara a recordar-le las promesas que me había hecho al hacer los cimientos de la torre. Ella miró las heridas con preocupación y comenzó a llorar.

—Hablaré con el maestro —me dijo.

Y ante él continuó:

—Precioso maestro, el trabajo que está haciendo Gran Mago le ha arrancado la piel. Tiene tres heridas en la espalda que supuran sangre y pus. He visto con mis ojos caballos y asnos con heridas en la espalda, pero nunca he visto heridas así en un hombre ni he oído hablar de ello. Me avergonzaría que otros hombres vieran algo así o escucharan hablar de esto. Y me avergüenza más aún que algo así lo haya provocado un gran maestro como tú. Este chico se merece realmente compasión. Dale instrucciones. Al principio, le dijiste que le darías enseñanzas cuando hubiera terminado la torre.

—Eso es exactamente lo que le dije, que le daría enseñanzas cuando hubiera terminado la torre de diez plantas. ¿Dónde están las diez plantas?

—Él ha construido un patio cubierto que supera sobradamente las diez plantas.

—Como suele decirse: «Mucho hablar y poco trabajar». Le daré las enseñanzas cuando finalice los diez niveles. ¿Realmente tiene una herida?

—Tú poder te ha cegado –continuó angustiada–. No sólo tiene una herida, toda su espalda está llena de heridas supurando –añadió mientras salía corriendo.

—Bien, entonces. ¡Envíamelo! –gritó Marpa.

Entonces, Dakmema vino a buscarme y me dijo:

—Sería bueno que vinieras conmigo.

Por el camino pensé: «¿Me enseñará ahora el maestro?»

—Gran Mago, enséñame la espalda –dijo el maestro al verme.

Se la enseñé, y cuando terminó de examinarme cuidadosamente, me dijo:

—Mi maestro Naropa experimentó veinticuatro mortificaciones, doce mayores y doce menores. Todas superan las tuyas. Y yo, sin preocuparme por mi vida o mis posesiones, lo di todo al maestro Naropa. Así pues, si lo que quieres son las enseñanzas, sé humilde y sigue trabajando en la torre.

Pensé que tenía razón. Y entonces con mi ropa me hizo un apósito para proteger las heridas.

—Como trabajas como los caballos y los asnos, utiliza este apósito para protegerte las heridas. Ahora, sigue cargando tierra y piedras.

—¿Cómo me curará las heridas este apósito?

—El apósito es para mantener las heridas libres de suciedad.

Pensando que aquello era una orden, cargué la tierra en un capazo que llevaba pegado al pecho. Mientras hacía el mortero, el maestro me vio y me dijo:

—Esta sumisión para todo lo que te pido es extraordinaria. —Y, en secreto, lloró.

Mis heridas se infectaron y me puse enfermo. Se lo dije a la mujer del maestro y, de mi parte, pidió a Marpa que me diera la iniciación o, al menos, que me permitiera descansar para curar las heridas.

—Mientras no se acabe la construcción de la torre, no tendrá nada. Si puede trabajar, déjalo que haga lo que pueda. Si no puede, déjalo descansar.

La esposa del maestro me dijo:

—Mientras no tengas las heridas curadas, descansa.

Durante este tiempo, la mujer del maestro me dio fuerza con buenos alimentos y algunos días me sentía feliz, aunque estaba afligido por no haber obtenido las enseñanzas.

Mientras mis heridas se curaban, el maestro vino a verme y sin hablarme de las enseñanzas me dijo:

—Gran Mago, ya es hora de que vuelvas a trabajar en la torre.

Estaba a punto de hacerlo cuando la esposa del maestro me susurró:

—Hagamos un plan entre nosotros para que puedas conseguir las enseñanzas.

Llegamos a un acuerdo, aparenté que me iba y até mi libro y algunas posesiones sobre un pequeño saco de harina. Para que el maestro me viera, pedí la ayuda de su esposa y en voz alta ella dijo:

—Si se lo pides, te dará las enseñanzas. A pesar de todo lo ocurrido, ¡quédate! —Y así aparentó que me quería retener.

Al ver esta situación, el maestro le preguntó:

—Mujer, ¿qué estás haciendo?

—Gran Mago dice que hace tiempo que llegó de un pueblo muy lejano para recibir enseñanzas. En lugar de las enseñanzas, sólo ha recibido palabras abusivas y golpes, y como tiene miedo de morir sin recibir ninguna enseñanza,

se va a buscar otro maestro y se lleva sus pertenencias. He sido capaz de retrasar su marcha porque se lo he pedido y le he prometido que recibiría las enseñanzas.

—Ya lo comprendo —dijo el maestro. Salió fuera y me dio un montón de bofetadas—. Cuando llegaste aquí me diste tu cuerpo, tu habla y tu mente. ¿Ahora dónde vas? ¿No te querrás ir? Como me perteneces, podría cortar tu cuerpo, tu habla y tu mente en cien pedazos. Si a pesar de ello te quieres ir, dime, ¿por qué te llevas mi harina?

Hablando así, continuó dándome bofetadas. Cogió el saco con la harina y se lo llevó a casa. La desesperación que sentía era como la de una madre que acaba de perder a su único hijo. Viendo esa actitud terrible del maestro y, siguiendo los consejos de su mujer, entré en la casa temblando y comencé a llorar.

—A pesar de todo lo que intentamos, el maestro no te dará ahora las enseñanzas. Sin embargo, al final, seguro que te las da. Mientras tanto, yo te daré instrucciones —me dijo.

La esposa del maestro me enseñó la práctica de Vajravahī. Esta meditación no me aportó ninguna experiencia interior, pero fue muy beneficiosa para mi mente y mi ánimo y le agradecí su amabilidad.

Pensaba que ella, como era la esposa del maestro, podría purificar las malas acciones. En verano, cuando ella ordeñaba las vacas, le sostenía el cubo, cuando tostaba el grano, le aguantaba la cazuela. Así pues, siempre la servía, hiciera lo que hiciera.

En aquel tiempo soñé que iba a buscar otro maestro y pensé: «Si Marpa no tiene las enseñanzas para alcanzar el despertar en una vida y con un cuerpo, seguro que ningún otro maestro las tendrá. Incluso, si no llego al despertar esta vez, al menos he parado de acumular malas acciones que me lleven a renacer en los estados inferiores de la existencia. Cuando, en nombre de las enseñanzas sagradas, haya

experimentado las mismas pruebas que sufrió Naropa, el maestro proclamará con mucha alegría que ya soy digno de las enseñanzas. Entonces, meditaré y espero, de esta manera, lograr el despertar en esta vida».

Pensando así, una y otra vez, empecé a subir piedras y tierra. Mientras hacía el mortero para el patio cubierto y el templo, Ngokton Chodor de Shung y sus seguidores, llevando muchas ofrendas, fueron a ver al maestro para pedirle la iniciación de Hevajra.

La esposa del maestro me dijo:

—Si el maestro no está satisfecho con la torre que has construido y si lo que quiere son riquezas, hazle una ofrenda y asegúrate de que te da la iniciación.

Me dio una gran turquesa azul que ella había guardado en secreto y me dijo:

—Pídeselo primero y ofrécele esto. Si te rechaza, lo pediré por ti.

Ofreciéndole la piedra dije:

—Se lo ruego, deme instrucciones esta vez.

Y me quedé de pie entre todos los discípulos. El maestro examinó la piedra una y otra vez.

—¿De dónde has sacado esto, Gran Mago?

—Me lo ha dado su esposa —le contesté.

El maestro sonrió y me dijo:

—Ve a buscar a mi mujer.

Pedí a la señora que viniera.

—Mujer, ¿de dónde hemos sacado esta turquesa?

Ella se postró ante el maestro y le dijo:

—Esta turquesa no es cosa tuya. Cuando mis padres me enviaron para casarme contigo, tú te enfureciste mucho y mis padres me dieron esta turquesa en secreto diciendo: «Guarda esto y no se lo enseñes a nadie. Si algún día tú y tu marido os separáis, quizá la necesitarás». Se la he dado a este chico, por quien siento una pena insoportable. Acéptala y dale la

iniciación a Gran Mago. Lama Ngokpa, tú y tus seguidores, que comprendéis la aflicción que un hombre puede sentir al ser excluido de una iniciación, sumaros a mis ruegos.

Y después de decir esto, se postró muchas veces. El maestro tenía un aspecto tan terrible, que los seguidores de lama Ngokpa no se atrevían a abrir la boca. Simplemente, hicieron gestos aprobando las palabras de la señora y la acompañaron haciendo postraciones.

El maestro dijo:

—Por medio de las buenas acciones de mi mujer, esta fina turquesa casi cae en manos de un extraño. —Y, atándosela al cuello, añadió—: Madre, no piensas. Si yo soy tu maestro, también soy el maestro de tu turquesa. Gran Mago, si tú tienes alguna posesión, tráela y recibirás la iniciación. Esta turquesa es mía.

Pensé que la señora volvería a rogarle después de ofrecerle la turquesa y me quedé donde estaba. Pero el maestro se enfureció y saltó de su trono.

—¿No te he dicho que te vayas? ¿Por qué te quedas, entonces? ¡Qué insolente eres!

Me empujó y mi cara se golpeó contra el suelo. Todo, a mi alrededor, se oscureció. Luego, me cogió, me lanzó de espaldas y vi las estrellas. Entonces, cogió un palo, pero lama Ngokpa lo detuvo. Despavorido, salté al patio. Aunque el maestro estaba preocupado, aparentó seguir enfadado.

No me hice daño, pero estaba muy afligido y sólo quería morirme. Entonces, la esposa del maestro vino a verme con lágrimas en los ojos y me dijo:

—Gran Mago, no te sientas abatido. No hay discípulo más fiel y amoroso que tú. Si quieres ir a encontrar algún otro maestro para que te dé enseñanzas, prepararé todo lo que necesites para el viaje. Te daré ofrecimientos y alimentos.

De esta manera, la señora me reconfortó. Hasta entonces, la esposa del maestro había querido participar en todas

las reuniones de Marpa. Pero aquella noche, me vino a ver y lloró conmigo toda la noche.

Al día siguiente el maestro mandó a alguien para que viniera a buscarme. Al verlo, me pregunté si me daría las enseñanzas.

—¿No estás decepcionado por haberme negado a enseñarte? ¿No tienes malos pensamientos? —Me dijo.

—Tengo fe en el maestro —le contesté— y no he pronunciado una sola palabra para rebelarme. Al contrario, creo que estoy en la oscuridad a causa de mis actos perniciosos del pasado.

Soy el creador de mi miseria.

Empecé a llorar, y el maestro me dijo:

—¿Qué esperas obtener de mí con esas lágrimas? ¡Fuera de aquí!

Entonces, abatido por la tristeza, pensé: «Cuando actuaba negativamente tenía provisiones y ahora que practico la virtud no tengo nada. Si ahora dispusiera de la mitad del oro que me gasté para cometer malas acciones podría obtener la iniciación y las enseñanzas secretas. Sin ofrendas, este maestro no me enseñará nada. Y, si fuera con otro maestro, también necesitaría algo para ofrecer, pero el camino espiritual está prohibido a los pobres. Sin enseñanzas, uno sólo acumula acciones negativas. Sería mejor que me matara. ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer? ¿Debería ir a servir a un hombre rico? ¿Debería ganarme un sueldo para poder comprar ofrecimientos para las enseñanzas? Después de haber hecho los conjuros, ¿debería volver a mi pueblo? La esposa del maestro estaría contenta de verme y yo podría ahorrar algo de dinero. Será mejor buscarme otro sitio e ir a buscar riquezas. Si tomo la harina del maestro como abastecimiento aún se enfadará más».

Cogí mis libros y me fui sin decir nada, ni siquiera a su esposa. Por el camino, me acordé de su amabilidad y sentí un

profundo agradecimiento hacia ella. A medio día de camino del Valle de los Abedules, me detuve para comer. Un mendigo me dio un poco de harina de cebada tostada, me dejaron una olla y con unas ramitas secas cociné la comida. Pasado el mediodía pensé: «La mitad de mi trabajo consistía en servir al maestro y la otra mitad era el pago de la comida. Ahora, he tenido dificultades para prepararme la comida. La esposa del maestro me cocinaba y me servía buena comida cada día y ni siquiera me he despedido de ella. ¡Soy un granuja! ¿Debería volver?».

Pero no tuve coraje para volver atrás. Al ir a devolver la olla, un anciano me dijo:

—Chico, pareces en forma para trabajar. En vez de mendigar, sería mejor que fueras a las casas a leer las sagradas escrituras, si es que sabes leer. Si no sabes, trabaja como sirviente a cambio de comida y abrigo. ¿Sabes leer?

—No soy un vagabundo y sé leer –le contesté.

—Bueno, pues ven a mi casa a recitar algunas escrituras de Buda y te pagaré bien.

Asentí muy contento. En la casa recité el *Sutra de la sabiduría trascendente en ocho mil estrofas*<sup>39</sup>. Fue entonces cuando leí la historia de Siempre Llorando<sup>40</sup>, y pensé: «Siempre Llorando, que tampoco tenía dinero, entregó su cuerpo y su vida a las enseñanzas de Buda. Se habría arrancado el corazón y lo habría vendido cortado en pedazos. Comparado con él, yo no he entregado nada para las enseñanzas. Es posible que el maestro Marpa me las dé, y si él no me las da, su esposa me ha prometido que me ayudaría a encontrar otro maestro». Este pensamiento me dio fuerzas para volver, y así lo hice.

<sup>39</sup> En sánscr.: *Aṣṭasāhasrikā-prajñāpāramitā-sūtra*.

<sup>40</sup> Tib.: rtag tu ngu; sánscr.: Sadaprarudita. Fue un santo budista que siempre lloraba cuando observaba el sufrimiento del mundo. Alcanzó el despertar por medio del estudio de los *sutras* de la *prajñāpāramitā*.

Cuando me fui de casa del maestro, su esposa, Dakmemma<sup>41</sup> le dijo:

—Tu enemigo indomable se ha ido. ¿Estás contento ahora?

—¿Quién se ha ido?

—¿Quién, si no Gran Mago ha sufrido tus tratos de enemistad y ha tenido que sufrir tantas miserias por culpa tuya?

Debido a esas palabras, el rostro del maestro se oscureció y se inundó de lágrimas. Dijo:

—Maestros del Linaje Oral, *dakinis* y protectores de las enseñanzas, haced que vuelva mi hijo predestinado.

Después de hacer esta oración, se cubrió la cabeza con la capa y permaneció inmóvil.

Entonces, llegué a la casa y al encontrar a la esposa del maestro la saludé. Alegrementemente me dijo:

—Has llegado en el momento preciso. Parece que el maestro te enseñará. Le he dicho que te habías ido y él ha exclamado: «Haced que vuelva mi hijo predestinado». Entonces, ha empezado a llorar. Parece que le has ablandado el corazón.

«La señora sólo me calma el corazón», pensé. «Me sentiría muy feliz si realmente fuera verdad que ha llorado y si ha dicho “mi hijo predestinado”. Si por el contrario, ha dicho “haced que vuelva” para luego negarme la iniciación y las enseñanzas, entonces soy realmente desafortunado. No tengo otro lugar donde ir. ¿Seguiré siendo un miserable aquí, sin conseguir ninguna enseñanza?».

Dakmema preguntó al maestro:

—Gran Mago no nos ha dejado, ha vuelto. ¿Puede venir ante ti?

—Nos ha perdonado, pero no se ha perdonado a sí mismo. Si quieres, déjalo venir.

<sup>41</sup> Dakmema (tib.: bdag med ma lha mo; sánscr.: Nairatmya Devi) es el nombre de la esposa de Marpa y también el nombre de la consorte de la divinidad Hevajra. Significa «la diosa sin yo».

Fui a ver al maestro y me dijo:

—Gran Mago, si deseas las enseñanzas desde el fondo de tu corazón, con impaciencia y anhelo, tienes que entregar la vida. Termina los tres pisos que quedan de la torre y te daré las enseñanzas. Si no, como alimentarte me sale caro, si tienes otro lugar adonde ir, vete ahora.

No había nada que pudiera decir y salí. Vi a Dakmema y le dije:

—El maestro aún me niega la enseñanza. Si estuviera seguro de que después de construir los tres pisos me la dará, me quedaría. Sin embargo, si después de terminar la torre no me quiere enseñar, ya no tendré nada que hacer. Quiero ver a mi madre. Es por eso que le pido permiso para ir a mi pueblo. Que usted y el maestro tengan una buena salud.

Me postré, cogí mis libros y me preparé para irme.

—Hijo mío, tienes razón. Como te había prometido, encontraré la manera para que lama Ngokton te enseñe. Él es un iniciado y un gran discípulo del maestro. Quédate un poco más y haz ver que trabajas —me dijo Dakmema.

Acepté la propuesta con alegría y me puse a trabajar. Siguiendo el ejemplo de su maestro Naropa, que tenía la costumbre de cada día diez del calendario lunar hacer una celebración con un buen festín de ofrendas, Marpa también hacía ofrecimientos ese mismo día. Con una medida de cebada, la señora hizo tres tipos de cerveza. Un tipo era de graduación fuerte, otro de graduación suave y el otro, de graduación media. La cerveza fuerte la sirvió a los monjes, los cuales debían ofrecérsela toda al maestro. La señora y yo también nos encargamos de servirle. Los monjes recibieron la cerveza de media graduación. Sin embargo, Dakmema sólo mojó los labios con la cerveza suave y bebió muy poco. Yo seguí su ejemplo y no me emborraché. Los monjes sí acabaron borrachos. El maestro, que bebía la cerveza fuerte, bebió mucha cantidad y acabó tan bebido que quedó profundamente